Secretario de la Sociedad de Artesa

SEÑOR:

Con la mayor satisfacción hemos visto mi señor padre y yo, por la circular que se sirvió mandarnos, el noble propósito que abrigan los miembros de la «Sociedad de Artesanos,» de fundar en esta ciudad una «Biblioteca Popular.«

Para contribuir en algo á tan levantado fin, le remitimos unos cuantos volúmenes, que esperamos serán de su agrado.

Haciendo votos por la prosperidad y buen éxito de la expresada Biblioteca, tenemos la honra de firmarnos

De Ud attos. S. S.
Por mí y mi señor padre don Julián Volio.

CARLOS VOLIO T.

San José, julio 16 de 1889.

Señor Redactor de "El Artesano."

San José.

MI ESTIMADO SEÑOR:

Habiendo sido honrado con el empleo de Corresponsal de su estimable y simpático periódico, "El Artesano," dirijo á U. mi primera mal hilvanada crónica confiado en la benevolencia suya y del público en general.

Principiaré por decirle, que nuestra santa causa aquí tiene tantos partidarios como vecinos hay en esta Villa; pues el *señor Licenciado* Esquivel se ha captado las simpatías de [illegible] desde el momento que ha seguido la s[illegible] iniciada por el a[illegible]ciable señor Gral Soto [illegible] to nacional

[illegible] estación lluviosa [illegible] r bajo mal auspicios, pue[illegible] nota gran numer[illegible] e casos de [illegible] del caso, que ya que hay un Médico que se titula Provincia, se tomara la molestia de hacer uno ó dos jes por mes a *este cantón* donde estamos confiados s lo á la Divina Providencia; esto lo deseamos [illegible] menos durante la estación que [illegible]

El señor Inspector de Escuelas de esta Provincia ha dirijido á los maestros de esta Villa una comunicación, participándoles que el 22 del corriente tendrán lugar los exámenes de fin del primer curso lectivo; con tal motivo llega el momento más deseado y *temido* á la vez por la juventud estudiosa de este Cantón, á quien deseamos que obtenga el mismo éxito brillante que ha alcanzado *siempre*, *mostrándose* así sus miembros dignos hijos de Costa Rica.

Se susurra que nuestro querido Jefe el Benemérito señor General Soto, vendrá á pasar entre nosotros las fiestas de Santiago, que principiarán el 25 del corriente.—Ojalá sea cierto parque verdaderamente los hijos de este pueblo siempre tienen sumo gusto de mirar a su Jefe cariñoso, y más cuando este ha estado ausente por algún tiempo.

Pronto dirijiré á U. otra [illegible] que expondré ciertas *cosillas por demás interesantes.*

Temiendo abusar de su paciencia pongo punto final y me suscribo S. S. S. y

amigo,

EL CORRESPONSA

LA MUJER DE SU CASA.

(CONCLUYE.)

—¡Bah murmura una jamona con pretensiones de niña, el baile es una diversión muy inocente.

Lo será, pero no me gusta abandonar mi cuerpo en brazos de un . . . cualquiera, pues creo que sólo mi esposo tiene derecho á ello.

—Es que el baile es muy higiénico.

—¡Buena higiene nos dé Dios! Lo que hace una es agitarse y caer enferma.

—Exagerada es usted.

—Como exageran ustedes también la inocencia de esas diversiones, donde muchas jóvenes se pierden, donde nacen muchas disensiones domésticas y donde se arruinan muchos maridos.

—Pero al menos debía usted frecuentar los paseos, exclama un *dandy*, estirándose los puños de la camisa

—Prefiero coser la ropa de mis hijos, para que no anden destrozados, o echar un vistazo á la cocina, para que la comida esté en su punto y sazon cuando llegué mi esposo.

—¡Bah! permítame usted que le diga que todo eso es prosáico. No concibo cómo puede ser feliz así una mujer.

—Y sin embargo, no envidio la dicha ajena, caballero, y el que aprende á no envidiar, aprende á ser feliz.

—Pero al menos debía usted asistir á los teatros, dice con voz de clarinete una aficionada á la zarzuela, y más que á la zarzuela á los zarzueleros.

—Confieso que de todas las diversiones, la del teatro es la que merece todas mis simpatías, pero no voy, porque tiemblo á la sola idea de estar fuera de casa por la noche, pues las sirvientes son tan torpes y descuidadas, que hay que temerlo todo de ellas. Además, se oye hablar de tantos robos, y ocurren tantos incendios, que me moriría de impaciencia lejos de mi casa.

—Pero se aburriría usted sola aquí.

—¿Qué madre se aburre al lado de sus hijos?

—Pero éstos se acostarán temprano.

—Es verdad; entonces cojo la costura y velo su apacible sueño, placer para mí verdaderamente inefable y muy preferible á esas diversiones que tanto encarecen ustedes.

—¡Bah! eso es vivir.

—Se engaña usted completamente, Se[illegible] a [illegible] en el bullicio aturdidor del mundo [illegible] tacha ridícula y prosáica á la mujer que be cumplir con los santos deberes de esposa y de madre; á la mujer que prefiere el trabajo á la holgazana, la actividad á la molicie y el amor de su esposo á las insulsas lisonjeras de cuatro galanteadores de oficio.

—Es usted terrible.

—Soy lógica.

—La vida es corta y hay que aprovechar sus breves momentos.

—Cómo? frecuentando la sociedad? Ay! amigos míos, prefiero este triste rincón que embellece la alegría y en el que nada altera la calma de mi corazón, á esas reuniones en que se hace mofa y escarnio á la virtud, en las que se vende el honor por un puñado de vil oro, y en las que encuentra apóstoles la mentira, y la verdad detractores. Aquí no me alcanzan los tiros de la calumnia, ni se ceban en mi reputación las viperinas lenguas de los maldicientes. Para mí no hay más patria ni más mundo que mi casa, ni más virtudes que las domésticas, ni más amor que el de mi esposo, ni más cariño que el de mis hijos. Mi modesto hogar es un paraíso de delicias, donde no asoma nunca la nube de la tristeza ni se desencadenan esas tempestades íntimas que tronchan las ilusiones del alma, como tiernas florecillas. El trabajo es mi única distracción y me dedico con ahinco al gobierno de la casa, porque esa es la piedra angular sobre que descansa la verdadera felicidad doméstica. Mientras otras piensan en galas y bailes, yo pienso en mis hijos y en mi esposo, que me pagan con creces mis sacrificios—si de sacrificios merecen el nombre, las privaciones que gustosa me impongo—con su ternura y afecto

—¡No es mal sermón el que nos encaja! dice *sotto voce* una solterona que no piensa más que en andar haciendo el farol por eas calles.

¡Créanme ustedes, continúa la mujer de su casa no hay nada que contribuya tanto á la felicidad de la mujer, como la tranquilidad de su conciencia y el cumplimiento de sus deberes. No quiero decir que deba permanecer en perpétua reclusión y renunciando al mundo, porque no abusando de las diversiones, prefiriéndolas á la vida íntima del hogar, puede también cumplir con la misión que Dios y la sociedad le imponen y ser una esposa modelo y una buena madre; pero generalmente la que tiene mucha afición á la calle y á los paseos, olvida su casa, y su honor corre grave riesgo, porque el que ama el peligro en [illegible]; y hoy día los hombres no respetan a la mujer del prójimo, como manda la costumbre y de ahí nacen mil disgustos y disensiones que acaban con la paz doméstica y con la tranquilidad de muchas familias.

Como ve el curioso lector, la mujer de su casa sabe dónde le aprieta el zapato, y se defiende admirablemente cuando alguno es osado á censurar su excesivo amor á la familia.

La mujer de su casa es el verdadero ángel del hogar, porque toda ella es amor y cariño, y soporta con la sonrisa en los lábios toda clase de privaciones, sin que su alma exhalé una triste queja.

Es verdad que el mundo no la perdona y se ríe de tanta virtud, pero el mundo no suele ser muy justo en sus apreciaciones.

La mujer de su casa vive feliz consagrándose por completo á la familia.

¿Qué más puede ambicionar?

Ella misma lo dice: «Para mí no hay más patria ni más mundo que mi casa, ni más virtudes que las domésticas, ni más amor que el de mi esposo, ni más cariño que el de mis hijos.»

¡Bendita sea una y mil veces!

C. PRIETO.

GURVIAZOS.

La Policía de San José y el órden público.

Ante las repetidas barbaridades que se cometen por los agentos del *desórden* público de esta capital, no es posible permanecer nosotros indiferentes.

Nuestro lenguaje y nuestras palabras de hoy podrán ser inconvenientes, pero es que nosotros no entendemos de términos medios ni usamos de frases dulces para condenar lo que á nuestro juicio merece condenación.

Sabemos que vamos á herir y á despertar odios terribles y de consecuencias, que podríamos evitar con no decir nada, pero, repetimos, no nos gustan los *paños tibios:* pan, pan, vino, vino, y allá va lo que va y salga el Sol por Antequera.

La Policía de San José está mal servida, muy mal servida.—Su personal, del primero al último, no es ni mediano.—Uno sólo,—y mírese que esto es absoluto,—no sabe ni comprende sus deberes.

La *Policía* fué instituida para guardar el órden público, asegurar á los habitantes sus garantias y presta además sus servicios de Reglamento.—Aquí sucede todo lo contrario, pues no otra cosa vemos casi todos los días del mundo.—Se roba, se juega y se cometen escándalos, y la Policía *cumple su misión:* prende al inocente, acuchilla á todo el mundo, maltrata á todo sér viviente que caé en sus garras y alborota con sus desmanes toda la ciudad.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.